

Evocación y lección del IV Centenario

FRANCISCO MORALES PADRÓN

Universidad de Sevilla

Hace unos cien años se conmemoró el IV. Centenario del Descubrimiento de América. Dentro de unos años habrá que celebrar el V Centenario; es decir, el medio milenio de la aparición de América en el horizonte del hombre europeo. Fue aquello un hecho que cambió por completo la historia, y que marcó el origen del mundo contemporáneo. La civilización atlántica que actualmente impera tuvo sus orígenes en ello. Para España y para Canarias el hallazgo fue muy importante.

Resulta curioso y aleccionador rastrear cómo vieron los actores y contemporáneos del hecho la gesta colombina y cómo posteriormente fue asumida ésta, hasta desembocar en los actos de 1892, primera gran conmemoración del Descubrimiento. Antes no se había celebrado nunca.

La hazaña colombina tuvo una doble repercusión. Por un lado influyó en América; por otro lado influyó en Europa. Conocemos más lo primero que lo segundo. Sabemos bastante, y seguimos sabiendo, lo que la presencia europea significó para las civilizaciones americanas. Ultimamente se ha puesto la atención en el fenómeno inverso, aunque ha tiempo se ha discutido en torno al «impacto» de los metales americanos en la vida del Viejo Mundo. Recientemente, en este cultivo de la denominada historia de las mentalidades, diversos estudios han analizado como las mentes europeas encajaron la inesperada aparición de un mundo nuevo.

La huella del Descubrimiento de América en la Europa de los comienzos de la Edad Moderna se acusa en múltiples aspectos. En

el cambio *intelectual* al poner a los europeos en contacto con nuevas tierras y desconocidos seres que, como consecuencia, trajeron la duda sobre una serie de ideas referidas a geografías, teología, etc. Influye América en el terreno *económico* al erigirse cual mercado de materias primas muy deseadas por Europa y como campo de expansión comercial. Se deja sentir en el escenario *político* a causa de las posesiones adquiridas en América por las diversas potencias europeas que van a producir rivalidades y cambios en la balanza de poderes.

Desde 1492 América ha estado presente en la historia de Europa. Por un lado ésta intenta llevar su imagen y propios valores al Nuevo Mundo con naturales consecuencias; por otro lado, el resto del Nuevo Mundo transforma y configura al Viejo. Decíamos que siempre se ha estudiado más el primer fenómeno que el segundo. Sabemos más de la influencia de Europa en América que viceversa. ¿Por qué? Quizás por una actitud de *superioridad*. La entidad americana, como algo distinto a la asiática, fue evidente para muchos ya en los primeros años del siglo XVI.

Hay conciencia de la novedad, por ejemplo, en las cartas que Pedro Mártir de Anglería comienza a escribir en mayor de 1493 a Juan Borromeo. Anglería aludiría al «nuevo descubrimiento», a la novedad del caso, a que las islas encontradas no deben estar adyacentes a la India sino que son cosas distintas. Anglería confiesa que ha llorado de placer sabiendo de tantas cosas exóticas y sorprendentes. Pero la total asunción de la idea, la generalización, fue gradual. Hay una aparente lentitud por parte de Europa por realizar un reajuste mental de sus concepciones y aceptar al Nuevo Mundo dentro de su campo.

Muchos intelectuales como Anglería mostraron su alborozo y sorpresa ante el anuncio de una inédita naturaleza poblada de seres extraños: Gonzalo Fernández de Oviedo, Hernando Colón, Giucchiardini, Vives, López de Gómara, los editores Montalboddo y Ramusio, etcétera. Pero junto a estas muestras de reconocimiento se dan notables muestras de desconocimiento del hecho colombino y de la misma figura del marido ligur. Cuando Colón muere en Valladolid el cronista de la ciudad no recoge el acontecimiento. La historiografía que él va a inspirar no será numerosa: Oviedo, H. Colón, Benzoni... Lentamente alcanzará la categoría de héroe. Similar recepción sufre todo el *Nuevo Mundo*. Quizá, como apuntábamos, por una actitud de *superioridad*. Postura que se alza como obstáculo para una comprensión. Es lo que explica la resistencia de los intelectuales europeos del XVI-XVII a incorporar en sus trabajos las informaciones de América que implicaban cambios en sus esquemas mentales. Fueron obstáculos de tiempo, espacio, herencia, entorno y lengua los que se opusieron a la incorporación del Nuevo Mundo

al horizonte intelectual de Europa. El descubridor observaba, describía y propagaba lo visto en un esfuerzo por comprender y hacer comprensible lo visto. Todo dependía de su formación. Pero como todo era nuevo el observador acabó viendo lo que quería ver o esperaba ver, e ignoró o no vio las cosas y aspectos para los que no estaba preparado. Colón mismo actuó de esta manera.

Colón, pertrechado de cartas para el Gran Khan que habitaba en Asia y acompañado de intérpretes que hablaban lenguas asiáticas —y sin ningún sacerdote o religioso— tropezó el 12 de octubre de 1492 con una tierra que él identificó erróneamente con las Indias. Pero como la naturaleza que estaba descubriendo era nueva para él, la bautizó con nombres viejos para no perderse en ella: la *canoa* fue una almadía; el *cacique* fue un rey; el *maíz* fue panizo; el *ananás* fue piña... Todo lo europeiza. Y así habla de ruiseñores, de leones, de tigres, de venados... donde no hay ni venados, ni tigres, ni leones, ni ruiseñores. El mundo de Colón no era el que veían sus ojos, sino el que él traía aprendido en los libros de Tolomeo, Pierre d'Ailly, Toscanelli, Marco Polo. Cree encontrar especies, oro, plata, sirenas, el Cipango, el Paraíso... La mentalidad europea, la de Colón en este caso, fue proyectando sobre los lugares y cosas de América lo conocido. Lo desconocido se capta en función de lo conocido.

Pese a sus cuatro viajes el almirante muere creyendo que ha recorrido los mares de Asia y que ha llegado a Cipango y Catay (Japón y China). Por eso muy tempranamente, ya el 17 de octubre, llamó a las nuevas tierras *India* e *indios* a sus habitantes. Cosa que no eran. En la región central de Cuba (*Cubanacán*) creyó encontrar al Gran Khan. En *Cibao* (Española) supuso que estaba el Cipango. Tenía una gran proclividad a realizar malabarismos filológicos. En esta misma isla Española situó a la legendaria *Ofir* del Antiguo Testamento. Al extremo oriental de Cuba lo llamó *Alfa* y *Omega*, porque juzgaba que en él estaba el principio de Oriente y el final de Occidente. Creyó también que Cuba no tenía fin, que era tierra firme o continental, e hizo jurar que era el comienzo de la India. Para Colón no era un Nuevo Mundo, un mundo distinto, un desconocido continente, lo hallado. ¿Por qué esta disminución de su empresa? Es uno de los tantos enigmas que envuelven a la figura de este personaje que aún despierta pasiones entre los historiadores. ¿Por qué este empeño de Colón e identificar lo hallado con el Asia del río Garges?:

¿Por simple error geográfico?

¿Porque teme que la Corona deje de lado la empresa si le dice que son islas lo encontrado y no la tierra continental asiática?

¿Porque la Corona le ha indicado que manifieste que lo hallado

es tierra asiática y no nuevas tierras en el Atlántico para lograr de Portugal la firma del Tratado de Tordesillas?

¿Por vanidad, para demostrar la realidad de su proyectos?

¿Para satisfacer a los reyes?

Todavía en su cuarto viaje, Colón estimó que se encontraba cerca de Asia, a punto de doblar la península del Quersoneso Aureo. En Historia no podemos elucubrar —sopena de entrar en la historia-ficción— en lo que pudo haber sido (¿qué hubiera sido de España si Napoleón sigue en ella?); digo que no podemos o no debemos elucubrar sobre posibilidades, pero como distracción o ejercicio mental pudiéramos aventurarnos en suponer lo que hubiese acontecido si Colón viaja una quinta vez a su *India* y comprueba que no lo es. Es lo que le pasó a los acompañantes que prosiguieron navegando. También los compañeros de Colón creyeron encontrar árboles de canela (prueba de que estaban en las islas asiáticas de las especiarías), mujeres blancas, oro infinito, ríos de oro... Pero luego se percataron de la novedad.

Vivo aún Colón, muchos contemporáneos consideraron que aquellas tierras no eran Asia. Demostraron su no asiaticidad. Ellos fueron los descubridores intelectuales de América o del Nuevo Mundo. Un mundo en el que soñaron algunos que se podrían hacer realidad las utopías del Renacimiento. América aparece como un mercado de materias primas y como un campo de expansión y especulación. Su aparición marcó el nacimiento de los primeros imperios oceánicos de la historia del mundo; el centro económico va a desplazarse del Mediterráneo hacia el Atlántico; las fuentes del poder dejarán de estar exclusivamente en Europa; el escenario de conflictos europeos se amplía para incluir las aguas y tierras de allende el océano.

A partir de Colón comienza un siglo de esfuerzos por:

A) Incorporar a América en el espacio geográfico como nueva realidad.

B) Buscarle al hombre americano un sitio entre los componentes del género humano.

C) Como América no era sólo una realidad en el espacio, sino que era también una entidad en el tiempo, había que integrarla en la concepción europea del proceso histórico.

Todo ello se llevó a cabo a lo largo del siglo XVI.

Se rompió con la idea de un *Orbis Terrarum* representado por tres masas: Europa, Asia y Africa. Se destruyó la creencia de una zona tórrida inhabitable en el hemisferio sur, aunque se continuó dudando si América formaba o no parte de Asia.

Los europeos habían dividido a los demás seres con criterios religiosos y culturales: cristianos, paganos, bárbaros... Al encontrarse con los indígenas de América el desacuerdo sobre su origen, naturaleza y etc., fue grande. En 1537, Paulo III declaró que los indios eran verdaderos hombres. Pero se prosiguió discutiendo su grado de racionalidad. En esta confrontación y discusiones el europeo se descubrió a sí mismo y tuvo que cambiar el concepto que tenía sobre las barbaries.

América impuso la revisión del proceso histórico. Se puso en duda la validez histórica y cronológica de la versión bíblica sobre la creación y dispersión del hombre. La interpretación providencialista de la Historia se vio reforzada. América aparecía para que fuera verdad el *id* y *predicad*. Pero por otro lado, la historia de América comenzó a ser la historia del europeo en América.

Resumiendo, el descubrimiento de América cambió la concepción geográfica que el europeo sostenía del mundo; cambió también las ideas dominantes sobre ciudadanía y barbarie; gracias al pensamiento cristiano se adquirió la idea de la unidad fundamental del género humano, etc. Europa se descubrió a sí misma, y América, admitida dentro de ella bajo esquemas europeos, fue adquiriendo su propia personalidad e idiosincrasia con el correr del tiempo.

Nadie en 1592, ni en 1692, ni en 1792 pensó en celebrar el Centenario del Descubrimiento. Esto de los Centenarios es una idea decimonónica. Fue pues, una idea del siglo XIX. Consumadas ya las independencias americanas, reconocidas ellas por España y rampante el peligro norteamericano, el mundo hispánico se unió en una especie de panhispanismo que les llevó a exaltar la fecha del 12 de octubre y a llamarla indebidamente DIA DE LA RAZA. Se entendía que era de la *raza hispana*, con olvido de los millones de indios que aún vivían y viven, y cuya sangre, unida a la hispana, ha dado mesticidad al continente.

Correspondió al Círculo Mercantil de Madrid proponer en 1892 a la reina que declarase el 12 de octubre fiesta nacional. El gobierno acogió la sugerencia con simpatía. Consultó a Italia y a los países de América, que en su casi totalidad se adhirieron a la idea, incluso EE.UU. Así, y en atención al Centenario, Cánovas propuso que el 12 de octubre de 1892 fuera fiesta nacional sin perjuicio de que se pudiera mantener a perpetuidad tal festividad. Fue por esto por lo que se dio a conocer un Real Decreto que rezaba:

En virtud de las razones expuestas por el Presidente de mi Consejo de ministros, en nombre de mi augusto hijo el rey don Alfonso XIII y como reina regente, vengo en decretar lo siguiente: Artículo único: Se

declara día de fiesta nacional el 12 de octubre del presente año... en que se celebra el aniversario del descubrimiento (San Sebastián, 23 de septiembre de 1892).

Las Canarias, escala colombina y primera América, no iban a quedar atrás en los actos conmemorativos. Testimonio de lo que entonces se realizó es la lápida colocada en la ermita de San Antonio Abad y el monumento a Colón en la plaza de San Francisco de Las Palmas de Gran Canaria adquirido por suscripción popular.

La institución pionera, la que lanzó el alerta sobre el Centenario, fue la Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas. En abril de 1891, el socio Bartolomé Apolinario expuso la conveniencia de tomar la iniciativa en la preparación de las fiestas del Centenario.

Los organismos existentes entonces en Las Palmas, capaces de cohesionar a una serie de personalidades significadas en el campo intelectual y de celebrar adecuadamente la efemérides del Centenario eran el Ayuntamiento, la Sociedad Económica de Amigos del País, El Círculo Mercantil, el Gabinete Literario y El Museo Canario. De su seno, surgió la que se denominó Junta del Centenario que centraría sus esfuerzos en la erección de un monumento al descubridor. Las instituciones citadas marcharon a remolque de la Junta.

Así, el Ayuntamiento, en su sesión del 31-Ig-1892, oyó «una patriótica y razonada moción del Sr. Apolinario» y acordó, sin perjuicio del festival que se organice cuando las carabelas hagan escala en el Puerto de la Luz, celebrar con actos solemnes la fecha del 12, para lo cual designó una comisión integrada por los señores alcalde-presidente, Mesa y Apolinario con encargo de ponerse en relaciones con la Junta del Centenario. Los hombres de la corporación municipal en aquellas calendas eran Francisco Manrique de Lara (alcalde), Diego Mesa de León (primer teniente alcalde), Jaime Sintés, Tomás Lozano Pérez, Laureano de Armas, Antonio Artilés Sánchez, Matías Vega, Antonio López, Juan Melian, Ildefonso Medina, Juan Penichet, Manuel Vandewalle, Diego Perdomo, Luis Navarro Díaz... Hombres más preocupados, sin duda, por los problemas del municipio que por la fecha del 12 de octubre. En su agenda de asuntos por resolver tenían el ensanche del cementerio, la desaparición de ciertas especies marinas a causa de la pesca incontrolada, la extendida mendicidad, la instalación del tendido eléctrico y del agua corriente... Para reprimir la mendicidad el alcalde se había puesto de acuerdo con el director de la Beneficencia y con la superiora del Asilo de Hermanitas de los pobres. Para llevar el agua corriente a Vegueta, la sociedad «Canary Island», contratista de las obras, luchaba con dificultades derivadas de las dificultades surgidas para

recibir las piezas y tubos de hierro galvanizado de Inglaterra. En cuanto al fluido eléctrico, resultaba que nadie se había presentado a la subasta abierta. Asuntos todos de un ayer, menos conflictivo que el hoy. Un ayer en el que aún el Ayuntamiento en sus sesiones iba concediendo «el aprovechamiento de un cuarto de paja de agua discontinua a don... para surtir su casa habitación de la calle...».

La Sociedad Económica fue la que más vivió o discutió en sus sesiones la efemérides. Desde abril de 1891 a septiembre de 1892 trató el asunto de modo continuo en sus sesiones. Dirigida en el 91 por Felipe Massieu Falcón y en el 92 por Amaranto Martínez de Escobar, la Económica polemizó en su seno en torno a la ineficacia de la Junta del Centenario y lo inadecuado del lugar escogido para alzar el monumento al Descubridor. Pese a la categoría de sus socios, la Económica no fue oída. Los señores Domingo J. Navarro (censor), Pedro del Castillo Manrique de Lara (vice-censor), Nicolás Navarro (vice-tesorero), Sebastián Suárez Tascón (inspector de Academia), Manuel van de Walle (subinspector), Agustín Millares Torres (bibliotecario), Gregorio Chil, etc., preocupados por la aceptación o no aceptación de los azúcares canarios en la Península, los excesivos impuestos que pagaban los plátanos insulares en Francia, la tala descontrolada de los bosques grancanarios, el estado de salubridad de la ciudad, los daños ocasionados por el cigarrón de la tierra, la redacción de una Guía de la isla, el Puerto de Refugio, la Fiesta de las Flores, etc., consagraron horas a discutir la poca actividad de la Junta del Centenario y de las distintas comisiones formadas. En enero del 92 así lo lamentan los señores Millares y Chil; este último expone el gran entusiasmo que reina en la Península, mientras que «en esta culta población nada se ha hecho, no porque falten personas de valer, sino por la apatía que tanto nos desprestigia». Es posible que hubiera algunas diferencias con el Ayuntamiento de tipo personal o ideológico. El alcalde, Francisco Manrique de Lara, no figuraba en el equipo directivo de la Sociedad, y al director de ésta se le urge una entrevista con aquél para aclarar los obstáculos que se oponen a una eficaz organización de los festejos. En julio del 92 el descontento persistía en el ámbito de la Sociedad. La Junta del Centenario se ha limitado a la adquisición de un monumento que se va a colocar en lugar poco visible. La Sociedad considera que el monumento debiera alzarse en la prolongación de la calle de los Malteses, de modo que se vea desde la calle de Triana.

Cuando en la sesión del 25 de septiembre de 1892 se acuerda demandar una respuesta al municipio, ya el monumento estaba erigido donde hoy lo vemos, por decisión de una comisión integrada

por miembros de la Junta. A la Sociedad Económica sólo le restaba pedir la celebración de una gran manifestación el día 12 de octubre. A partir de la sesión citada, en las actas de la Económica impera un total silencio sobre el tema.

No eran graves los asuntos que aquejaban al Gabinete Literario presidido por Tomás Zárata y Morales. Cuando hoy nos ponemos en contacto con el un tanto proustiano archivo, captamos en seguida la tónica de su vida. Su documentación se guarda en cajas anchas, similares a las del dominó, con un celo propio del que merecen las cartas de amor. El aire y la luz no han dañado el papel, que mantiene una frescura de ayer. De las cajas se derraman deliciosas invitaciones para bailes en honor de marinos extranjeros, instancias para celebrar banquetes-homenajes, citaciones para veladas literario-musicales con discurso, piano, versos de Amaranto Martínez de Escobar y de Agustín Millares y melodías cantadas por Néstor de la Torre. El examen de las actas denota una actividad más proyectada hacia bailes, juegos y fiestas que hacia otras cosas. No falta algún que otro sobresalto. Cosa de poca monta: como cuando se presentó el Juzgado de Instrucción a realizar una inspección con el fin de comprobar si se jugaba a la ruleta u otro juego prohibido. Todo por una denuncia del ex socio Fernando Flores de la Iglesia. El hecho causó justa indignación, pues era la primera vez en los 48 años de vida del Gabinete que se daba una cosa de ese tipo. El disgusto se olvidó con el acuerdo de celebrar «un baile de trajes» el lunes de carnaval. A los pocos días, el presidente accidental, Amaranto Martínez de Escobar, exponía que el día antes (24-II-1892) se le había entregado una instancia suscrita por varios socios proponiendo a la Junta Directiva la organización de un banquete «en honor y veneración» del Excmo. Sr. don Fernando de León y Castillo «con motivo de la resolución favorable obtenida en el vitalísimo asunto a la introducción en la Península de los azúcares canarios...». Al parecer (así se manifiesta en la junta del 8 de marzo), cuando se supo la favorable medida dada por el gobierno en pro del azúcar insular, se organizó una manifestación que llevaba a la cabeza un retrato de León y Castillo tomado en el Gabinete y que se dejó en el Ayuntamiento por indicación del alcalde para exponerlo en los balcones como muestra de gratitud. Aquella noche el Gabinete abrió sus puertas con el fin de que todos pudieran tomar parte en la improvisada fiesta. A la siguiente noche el Ayuntamiento se trasladó al Gabinete para devolver el retrato. Hubo palabras del alcalde. No andaríamos muy descaminados si pensásemos que el Gabinete era una isla de alegría en el remansado mar ciudadano. Su vida administrativa se sucede sin alteraciones y bajas, construcción de un

kiosko en los jardines, colocación de un toldo en la terraza del SO para que los socios hagan tertulia, aprobación de ingresos y gastos:

Cuota: 1.100 pesetas.
Billares: 145,50 pesetas.
Naipes: 236,37 pesetas.
Nómina del personal: 310 pesetas.
Amanuense: 30 pesetas.
Alumbrado: 87,50 pesetas.
Periódicos: 5,25 pesetas.

Si se recibe una petición de la Sociedad Filarmónica, se acuerda cederle el teatro Cairasco y el piano (a la Filarmónica no le ha llegado el que tiene solicitado al extranjero). Algún pésame, como el de don José María de León y Joven y las habituales invitaciones para un *soirée* en honor de los marinos de la fragata gala *Melpómene*, o de las tripulaciones de la escuadra británica *Active*, *Volage* y *Calipso*; o de la fragata francesa *Yphigenie*; o para un homenaje a los marinos de la corbeta de guerra *Nautilus* que se dispone a dar la vuelta al mundo. Una sociedad más bien frívola y despreocupada vase escapando de estas cajitas archivos. ¿Y la efemérides del Descubrimiento? El Gabinete ha recibido un comunicado de la Comisión Ejecutiva del IV Centenario pidiéndole colaboración en los actos a celebrar. También se lo ha pedido el Ayuntamiento. El Gabinete se asocia a *ols programas* y, de acuerdo con su tono, en cierta ocasión «obsequió convenientemente» en sus salones a la estudiantinā organizada por la Junta del Centenario.

Al Gabinete, como al Ayuntamiento y a El Museo Canario, le preocupaba entonces la llamada Fiesta de las Flores, exposición de flores y frutos próxima a inaugurarse. La Fiesta de las Flores entraba en el marco de los asuntos estudiados por los sesudos miembros de *El Museo Canario*. Ellos eran: Domingo José Navarra, presidente; Gregorio Chil, director del museo; Andrés Navarro y Torrens, conservador; Francisco Cabrera, bibliotecario; Francisco J. Bello y Shanahan, tesorero; y el omnipresente Amaranto Martínez de Escobar, como secretario general. La institución llevaba doce años de vida; discurría aún por una etapa formativa, sin local propio (tenían la biblioteca en el Ayuntamiento) y hacía lo posible por acrecentar su patrimonio museístico. Más que el 12 de octubre le interesaba a sus miembros adquirir una serie de objetos indígenas hallados en Gáldar, explorar las Cuevas de Valerón, celebrar su 12.º aniversario, buscarle sitio a un cabrito con dos cuernos y una cabeza que le habían regalado en Tirajana, y colaborar en la Fiesta de las Flores. La única alusión al IV Centenario del Descubrimiento

se hace en la sesión del 8-I-1892 al leerse una carta de Federico Rubio aceptando representar al Museo en el Congreso de Geografía Hispano-portugués-americano que se ha de celebrar con ocasión de la mentada efemérides.

Del Círculo Mercantil nada decimos, porque nos ha sido imposible hallar las actas de estos años.

Resumiendo: los organismos políticos y culturales de Las Palmas en 1892 habían prometido sumarse a los festejos del 12 de octubre organizados por la Comisión y Junta del Centenario. Pero, ¿qué había organizado tal Comisión?

Todo giró en torno al monumento. Llegado el día la ciudad se vistió sus mejores galas y vibró, rompiendo en mil pedazos su habitual sosiego. Al repasar la prensa de entonces —*La Patria* y *El Liberal*— percibimos cierta placidez decimonónica, alterada por la arribada de un buque de guerra extranjero, la inauguración de un monumento o teatro, o el anuncio de que hay peste. Las páginas quebradizas y hoy amarillentas de los periódicos nos dan una ciudad que acaba de estrenar tranvía a vapor y se dispone a montar el agua corriente y el tendido eléctrico; una ciudad mercantil, con el aire rural que introducen unos campos muy cercanos, dotada de un puerto bastante activo, donde trabajan las compañías y líneas navieras *Elder, Castle, Forwood Bros., Lamport and Holts, Miller y Pinillos*, cuyos barcos de vapor van navegando a Puerto Rico, Santiago de Cuba y La Habana. Con los barcos puede llegar cualquier epidemia, comisionistas extranjeros, compañías de teatro, viajeros, vinos de Jerez, aceites y aceitunas de Sevilla, café de Puerto Rico y de Caracas, etc., que se venden con los vinos «tinto y blanco del ex Monte Lentiscal sin que contenga yeso ni alcohol» y cosechados por don Antonio C. Quevedo, en la Peregrina, 9; en la Pelota, 7 (comercio de Miguel Quesada); en San Francisco, 27 (establecimiento de Alfonso Medina)...; o en la tienda de Juan Bautista Santana, calle Pérez Galdós, 11, que promete larga vida a quien compre en su comercio aceite de Sevilla, café y alpiste de Caracas, ron de Cuba... Son ejemplos, sueltos, de unos anuncios que aparecen cada día al lado de los natalicios, matrimonios y mortuorias bastante elocuentes, por cierto, ya que las cifras son bien bajas.

El cuerpo consular —no todos los países americanos estaban representados— acreditado en la plaza se proponía también tomar parte en los festejos del día 12.

Por fin llegó el día 12 de octubre. El periódico *La Patria* de la víspera publicó un artículo de Emilio Castelar con el sugestivo título de «Colón en Gran Canaria». Quien lo leyera comprobaría que no abordaba el tema; se limitaba a contraponer la figura de Colón a la de Pinzón. El futuro almirante de la mar oceánica, afirma Cas-

telar, aventajaba al marino de Palos en ciencias abstractas, en pensamiento intuitivo, en inspiración genial... En tanto que Pinzón es hombre de experiencia, cálculo, administración, disciplinado, apto para el mando. Contraposición que se continúa manteniendo en la historiografía, sobre todo en la localista, atenta a minucias que para casi nada importan en el gran hecho y sus consecuencias.

El día 12 de octubre, la prensa —*El Liberal*, por ejemplo— fue enteramente americanista. El tono de sus artículos era ditirámico. Bajo el título «El 12 de octubre», *El Liberal* proclamaba que «Nosotros..., humildes hijos de una pequeña isla, perdida en la inmensidad del Océano, unimos hoy nuestra débil voz al clamor inmenso que surge potente de todos los confines del mundo para honrar la memoria de ese hombre, cuyo pie toca en el suelo, pero cuya cabeza se pierde entre las nubes.» Aquí, en este párrafo, está ya expresado el tono que tuvo aquel cuarto centenario: exaltación del marino ligur, con esos leves intentos de sacar de las sombras a los Pinzón. Seguía, en el mismo periódico, un artículo de Laureano Arroyo que servía a su autor para explicar el objetivo y la simbología del monumento a Colón que se iba a inaugurar frente a la iglesia de San Francisco. Se había pensado, afirmaba, en «algo modesto que, a la par, fuera expresión genuina de los sentimientos de admiración del pueblo canaria hacia aquel genio colosal». No nos resistimos a recoger parte de este artículo, síntesis de una historiografía entonces vigente. Colón es un genio de «venerable testa», por eso, a «grandes ideas, grandes masas». Es decir, en el monumento se resalta la cabeza del genovés para significar la grandiosidad de su plan descubridor. Por eso, los que han criticado lo amplio del busto han caído en el mismo fallo de los sabios que no creyeron a Colón. El busto es grande para traducir de ese modo plástico la grandeza de las ideas del almirante que «animado por el destino divino de la fe y la íntima convicción de la idea que viniera persiguiendo, a pesar de haberse visto rudamente combatido por los elementos más valiosos que en ciencias y letras contaba su época, no cejó en su empeño hasta colocar a los pies del trono de Castilla un nuevo mundo exuberante de hermosura y de riquezas que dejó anonadados a todos aquellos sabios que sólo se movían en la reducida esfera de los viejos códices y pergaminos coleccionados en las bibliotecas de los conventos y que no titubean en calificar de locos devaneos y fantásticas elucubraciones, las sublimes ideas que bullían en el cerebro de Colón, respecto a la configuración y extensión de nuestro planeta».

Colón escogido de Dios, predestinado
Colón combatido por los sabios de entonces
Colón entregando a Castilla un nuevo mundo

Hoy ya sabemos que los sabios tenía razón y que el plan del marino ligur era descabellado.

Veinte décimas de Antonio Zerolo, salpicadas de algún que otro error (habla de fray Juan Pérez de Marchena), pretendían llevar al lector la exaltación del día. El día fue un miércoles, se inició con un *Te-Deum* a las 10,30 en la catedral. Terminado el acto religioso, las autoridades civiles y eclesiásticas, en compañía del público —niños de las escuelas incluidos—, se dirigieron a la plaza de San Francisco al son de la música tocada por una banda. Inauguración del monumento, con discurso del letrado Tomás de Zárate y Morales. Luego, animado paseo por la Alameda. El director de la banda había compuesto «una preciosa marcha» en honor de Colón. Por la tarde hubo velada literario-musical, organizada por la Sociedad Filarmónica, hablando Fernando Inglott, Agustín Millares Cuba, el canónigo lectoral José Roca Ponsa, Amaranto Martínez de Escobar y Luis Millares Cubas. El teatro estaba literalmente lleno. La prensa reprodujo los discursos de Inglott, de los Millares, de Roca y los versos de don Amaranto. El tono es hiperbólico: el descubrimiento fue la obra sublime del genio y la obra visible de Dios. Colón fue «el genio inspirado por la Providencia de Dios». Figuran, asimismo, las conocidas leyendas, falseadas o verdades a medias: Colón llevando de la mano a su hijo famélico y sediento camino del monasterio de la Rábida; fray Juan Pérez de Marchena; la ignorancia de las Juntas que examinaron el plan colombino; el apresamiento de Colón y su aherrrojamiento; la ingratitud real; los títulos que no se le dieron o negaron; el olvido; la pobreza... Con prosa más científica, más certera en sus afirmaciones, se pronunció el doctor Roca, que reivindicó el papel de España; afirmó que Castilla aceptó el plan colombino desde un principio, pues sólo ella estaba capacitada para llevarlo adelante; y afirmó que los compañeros de Colón no eran menos aventureros, acobardados ante el espectáculo del Teide en erupción o amotinados por las largas singladuras sin avistar tierra.

Nuestros antepasados debieron de acostarse satisfechos y cansados el 12 de octubre de 1892..

Los jolgorios se reanudaron el 15 de febrero de 1893, cuando a eso de las 9,30 de la mañana sonaron las campanas anunciando la presencia de la nao «Santa María». Se cerró el comercio. La gente se dirigió al puerto cuyos barcos lucían empavesados. A las 11,45 el barco de guerra «Isla de Cuba», remolcando a la «Santa María», doblaba la punta de la isleta. Terminó de remolcarla el «Pedro del Castillo». Fue entusiástico la recepción oficial y popular. El barquito estuvo hasta el día 19, visitándolo unas 35.000 personas. Hubo velada, paseo e iluminación, *Te-Deum*, procesión cívico-religioso, lápida en la ermita de San Antonio Abad, banquete en el hotel Santa

Catalina, discurso de Carlos Navarro Ruiz, Rafael Ramírez Doreste, y Agustín Millares Cubas y retreta militar. Del 19 al 22 permaneció en Santa Cruz de Tenerife la «Santa María», zarpando luego hacia Puerto Rico. «La Pinta» y «La Niña», remolcadas por dos cruceros norteamericanos, llegaron el 22 de febrero, y el 25 pusieron rumbo a La Habana. Las fiestas habían terminado. Una lápida en la ermita de San Antonio Abad y una estatua perennizaban el paso de Cristóbal Colón por Gran Canaria.

Aludimos a las dificultades del hombre del siglo XVI tuvo para captar la realidad del mundo americano. Por formación, por experiencia europea, por tentación a contemplar lo nuevo bajo el prisma de los encantamientos clásicos y medievales, el Nuevo Mundo fue visto y entrevisto muchas veces idílicamente. América fue más una imagen mental que una realidad. No siempre, claro. Y no todos, claro, incurrieron en el error. Casi un siglo duró esa discrepancia entre la imagen y la realidad.

Hoy, muchos siguen en esta línea. Sin embargo, el acercamiento de los mundos por los fabulosos medios de comunicación, nos está facilitando una imagen más real. Así y todo, dado que los medios de información o comunicación son manipulados, con harta frecuencia la imagen que se nos brinda aparece distorsionada. Se impone redescubrir América. Esa es la tarea del próximo V Centenario. A la vuelta de 500 años no cabe centrar la fecha en torno a Cristóbal Colón. Este es ya un mero accidente —primordial y pionero— en el gran proceso que él puso en marcha. Estamos en condiciones de hacer balances y trazar programas de cara al futuro. Balance de nuestra proyección. Balance no sólo para exhibir triunfalmente resultados, sino para ver si es posible proseguir tal proyección de modos mejorados. Y a la inversa: balance de lo que América ha determinado nuestro devenir. Y de cómo esa América, la actual, puede continuar dejándose sentir en nuestras vidas nacionales. Quiera Dios que los años que nos quedan sirvan para idear y realizar programas de colaboración y estudio en todos los campos. Lo que vamos a celebrar en 1992 no se merece una improvisación que siempre, o casi siempre, es una falta de respeto.

Millones de seres van a celebrar el 12 de octubre de 1892. No sólo los que hablamos el español, sino los que hablan el italiano, portugués, el inglés, el francés, etc.

Tenemos por delante un futuro inmediato, que pudiera ser clave para la programación y realización de proyectos de vida colectiva. No se trata ya de homenajear a Cristóbal Colón. Se trata de articular una serie de tareas con vistas al futuro y en función del pretérito. Se trata, por eso, de reflexionar sobre nuestro pasado para enfrentarnos con el futuro. Todo es cuestión de imaginación. Y lo

primero será redescubrir. Todo es cuestión de imaginación. Y lo primero será redescubrir a América y encajar el ente americano, con todos sus problemas, en nuestro cuadro mental. Si no, nos pasará lo mismo que a los descubridores de 1492 que vieron al Nuevo Mundo falsamente, y volveremos a realizar una conmemoración llena de retórica de guardarropía impropia de este final de siglo que se vislumbra como auroral para el mundo hispánico.